



14 de diciembre de 1879

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Todas habéis notado, ya sea leyendo la Misa de los domingos de Adviento, ya sea recitando las palabras del Oficio, cuantos consuelos, alegrías, bienes de todas las clases, se nos prometen durante el Adviento, por la venida de nuestro Señor Jesucristo. No hay razón para sorprenderse, ya que en él tenemos un Salvador, que viene a elevar nuestras almas, a santificarlas, a fortalecerlas, a traerlas todo bien. Sin embargo, al no sentir siempre esta forma de alegría, de paz, de apartar todos los obstáculos, podemos preguntarnos por qué la Iglesia renueva la promesa de todos modos durante Adviento.

Me siento inclinada a deciros hoy que es porque nuestro Señor Jesucristo, nacido en forma de niño perfectamente obediente, viene sobre todo a enseñarnos a entregar nuestra voluntad a Dios. Si la obediencia, la verdadera sumisión, entra en nuestras almas, habrá perfecta unión de nuestra voluntad con la de Dios. Entonces estos bienes, esta paz, esta alegría, estos consuelos vendrán a nosotras.

Cuando nació nuestro Señor, los ángeles cantaron: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*¹. Lo veis, Dios concede esta paz, este consuelo a la voluntad. Nuestro Señor, haciéndose un niño pequeño, entregándose a sí mismo a todas las voluntades de su Padre, se entrega a sí mismo de tal manera que se le aplica esta palabra de los Salmos: *He aquí que vengo, Dios mío... para hacer tu voluntad*². La Iglesia nos insta a entrar en disposiciones similares. Nos invita a depositar toda solicitud, a poner nuestra voluntad en el pesebre del niño Jesús y realizar, por imitación de la Santa Infancia, esta palabra que repetimos tantas veces: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*³.

Pero, ¿cómo se hace esta santa voluntad en el cielo? Comprendéis, hermanas mías, con qué amor, con qué adoración, con qué alegría los bienaventurados y los ángeles abrazan en el cielo la voluntad divina. Todo lo que debía ser purificado está purificado; no hay más que la voluntad del hombre plenamente unida a la voluntad de Dios. Y en el mismo purgatorio donde tiene lugar la purificación, la voluntad del hombre está enteramente unida a la voluntad de Dios.

Las almas del purgatorio sufren. Soportan el dolor físico por un permiso de Dios que puede causar sufrimiento donde no hay cuerpo, como se ve en la tierra, los heridos

¹ Lc 2, 14.

² Sl 39, 8-9

³ . Mt 6, 10

sufren en los miembros que les fueron quitados. Soportan también tormentos interiores para la purificación del alma, que son como una especie de llama de la justicia y de la santidad de Dios, que penetra en el interior para purificar toda mancha, toda corrupción, todo lo que queda en una criatura de imperfección y contrario a la voluntad de Dios. Pero en este estado de sufrimiento y purificación, estas almas están unidas a la voluntad de Dios; no quieren nada más, ni nada menos. Su amor es admirable, su paciencia es ilimitada.

Bueno, hermanas mías, la tierra es a la vez cielo y purgatorio. No hablo del infierno, porque para nosotras religiosas, esta hipótesis no es admisible. Es del cielo, porque tenemos a Jesucristo en la tierra. Lo servimos. Lo rodeamos. Vivimos para él. Por la alabanza, por la bendición, por el sacrificio en el cual entramos en unión con la víctima divina, Cristo Jesús, en una palabra, por todo lo que la Iglesia nos da, podemos participar en el estado del cielo y entrar en las disposiciones expresadas por *el Pater: hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*.

La tierra también es como el purgatorio, en que siempre tendremos que sufrir, porque lo merecemos. No hay que buscar otra razón: todos los sufrimientos, por grandes que sean, nos los merecemos. Muy orgullosa sería aquella de nosotras que tuviera la idea de que, dejando repentinamente la vida en el momento presente, se iría directamente al cielo, sin tener que purificar nada en el fuego del purgatorio.

Sin embargo, es esta opinión la que uno tendría que tener de sí mismo, para encontrar que no merecemos las penas de esta vida, que son mucho más inferiores a las del purgatorio. Los teólogos enseñan que largos años de sufrimiento aquí abajo no equivalen a una hora de los que se soportan en el purgatorio.

Así que todos hemos merecido las contradicciones y los dolores. Cuando vengan, debemos aceptarlos en el amor y en la unión de nuestra voluntad a la de Dios. Pero, ¿cuál debe ser esta unión? Esto debe ser una unión tan particular como general. Una unión que en todas partes ve la voluntad de Dios, que en todas partes la sigue, y que no sólo la sigue, sino que la ama y la prefiere a todo lo demás. Si en todo, en lo grande como en lo pequeño, solo buscamos la voluntad de Dios; si uno llega a ser perfectamente obediente como el Niño Jesús; si por sus disposiciones interiores el alma alaba siempre, bendice siempre, acepta siempre, ignora siempre los sentimientos que surgen en ella, para ir a la voluntad de Dios – entonces comprendemos muy bien que todo lo que prometen las palabras de la Iglesia en el tiempo de Adviento, ciertamente se cumple.

Todo camino se endereza, todo cerro se abaja, todo valle se rellena. Si el rocío del cielo desciende, encuentra un corazón dispuesto a producir su fruto a imitación de nuestro Señor Jesucristo, un corazón que no se inquieta, un corazón que sabe sufrir como las almas del purgatorio, y que recibe el consuelo como un rayo del cielo.

Preparémonos, pues, para recibir a nuestro Señor que viene como un niño muy tierno, muy humilde, muy sumiso, abandonado en las manos de sus criaturas, entregado a una dependencia tan grande que, como los demás niños, permanecerá durante un cierto número de meses envuelto en pañales, no disponiendo de sus fuerzas para las necesidades más esenciales de la vida humana, a las que quiso someterse. Nuestro Señor no vino a la tierra sin comer ni beber: vino, satisfaciendo todas las necesidades de nuestra naturaleza humana, queriendo vivir nuestra vida.

Así que Jesús está sujeto a las criaturas. Sobre todo, está sujeto a su Padre, esto es lo que muestra toda su vida. Nacerá en un establo, los pastores lo rodearán, los

Magos vendrán de lejos, Herodes lo perseguirá para matarlo. Debe huir a Egipto, vivir pobres en medio de los idólatras, luego volver a Nazaret para llevar una vida oscura e ignorada durante treinta años: todo esto lo adora, todo esto lo ama, la respuesta a todo es: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.*⁴ Desde la mañana hasta la tarde, en todas las cosas, en cada oportunidad, cuando José le decía que tomara una sierra y cortara una tabla, cuando María le pedía que barrera la casa, su voluntad siempre estuvo sumisa en la obediencia, siempre adorando, siempre amando.

Este es nuestro modelo: es el Salvador por quien todos somos renovados, en quien nacemos en el bautismo, en quien debemos vivir, ya que cada cristiano debe ser otro Jesucristo. No solo las religiosas. La iglesia nos enseña que todos los bautizados son sepultados en Jesucristo y deben vivir la vida nueva traída por el Salvador. Toda esta alegría, esta paz que anuncia, estas magníficas promesas que hace, no es no sólo para las religiosas, sino para todos los fieles. Incluso en la vida cristiana hay que tener los sentimientos de Jesucristo. A todos decía San Pablo: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que están en Cristo Jesús*⁵. Pero nosotros, esposas de Jesucristo, nosotras tenemos que entrar en sus sentimientos de una manera particular. Si somos fieles, también participaremos de una manera más íntima en todos aquellos bienes que la Iglesia promete.

Procuremos, pues, de aquí a Navidad someter perfectamente nuestra voluntad a la de Dios; decidle: *He aquí que vengo, oh Dios mío, para hacer tu voluntad.* Como quieras, donde quieras, cuando quieras, porque las quieres, en todas las cosas, sin ninguna excepción a cada hora, en cada momento. *El cántico es un poco monótono*, dice san Francisco de Sales; *pero es el del Cordero divino, y basta al alma que ama a Jesucristo.*

Esto es lo que se debe hacer, si queremos recibir todas las gracias que la Iglesia promete, porque entonces descenderá será sobre nosotras la paz prometida a las almas de buena voluntad, y porque libres de cualquier otra solicitud que no sea la de hacer la voluntad de Dios, gozaremos de la paz del alma y de la libertad de corazón, para acercarnos a quien quiere traernos tantas gracias y tanto amor.

⁴ . Sal 39, 8-9 y He 10, 7.

⁵ . Fil 2, 5.